

# MANUEL BENEDITO

## CORTESÍA Y OPTIMISMO



«Florencia»

quien el destino hizo el postrer eslabón de una cadena que con su muerte quedó truncada. Los últimos años de su vida y de su quehacer artístico debieron de transcurrir para él en un puro exilio, pues no sólo vive las angustias del destierro quien se halla desplazado de su país, sino también el que se siente desarraigado de su tiempo. No creo, sin embargo, que a don Manuel Benedito le inquietasen demasiado estas cosas. Recluido en su confortabilísimo estudio madrileño de la calle de Juan Bravo, recluido también en su sordera y absorbido por una laboriosidad sin tregua, premiada con glorias y provechos, no se afectó cuando las aguas del arte bajaron turbias, y procuró, con elegancia apenas desdeñosa, que ni para bien ni para mal le alcanzara ninguna salpicadura.

Fue don Manuel Benedito un artista egregio, dicho sea en la acepción más exacta y menos alborotada de ese calificativo: un artista que escapaba al común rasero de la grey artística de su tiempo. Poseyó una de las destrezas artísticas más ricas en recursos y más admirables en logros que ha conocido la España de la primera mitad del siglo. El arte de la pintura no guardaba secretos para él, y por ello

Repasando antiguas notas mías, encuentro ésta que no quiero esquivar: "Cuatro son las virtudes esenciales del arte de Benedito: realidad, elegancia, cortesía y destreza. Hallarlas reunidas en estos tiempos es ya un espectáculo singularísimo. Las cuatro se completan y hasta se frenan recíprocamente en lo que tienen de opuesto. Pero lo que importa es cómo el veterano maestro nos aposenta en un orbe armonioso y acogedor, veraz y hermoso, aunque a veces se toque con un leve rayo de melancolía o se venza con sutil elegancia hacia la lisonja."

Pasado el tiempo que ha pasado, la sigo suscribiendo enteramente y todavía con mayor firmeza si cabe. Benedito ha sido el pintor insigne de



Pescadoras bretonas (fragmento)



«Cleo de Merode»

aparecía su obra exenta de ese dramatismo creador que tantas veces es indicio cierto —o simulacro engañoso— de la genialidad. Porque era un pintor superdotado, le fue, con tamaño privilegio, negada la inquietud angustiada de la búsqueda, el gozo indescriptible del hallazgo y el estimulante placer de tantear caminos nunca hollados. Pero le fue otorgado el don de la elegancia, de la dicción clara y fácil, de la creación equilibrada y serena. Mientras hervía en casi todo el mundo el delirio desatado y contagioso de los “ismos” más aventurados y estridentes, él se mantenía bien anclado en las aguas plácidas de una sólida tradición. Y como era un gran pintor de oficio largo, fiel a la belleza y a la vez productor de bellezas, el éxito fue generoso con él.

Podemos afirmar que permaneció siempre fiel a una tradición pictórica muy española, y decimos muy poco de tanto como decimos. Don Manuel Benedito no recató jamás su devoción hacia Sorolla, al que proclamó con reverencia y con ufanía su maestro. Acaso estuviesen en ello confundidos los fervores del discípulo, los sentimientos de la amis-

tad y, sin duda, los vínculos del paisaje. Pero no es muy fácil hallar la filiación sorollista de Benedito. Sorolla fue un pintor de aventura. Benedito fue un pintor de seguridades. Sorolla era impulso. Benedito era sosiego. Sorolla cultivó un arte popularista. Benedito cultivó un arte cortesano. Lo que en Sorolla fue llama, era en Benedito rescoldo. Sorolla pintaba al aire libre. Benedito pintaba en el estudio. El talante pictórico de Benedito estaba, en fin, mucho más próximo del elaborado casticismo de un López Mezquita, tan admirable pintor, que del genial Sorolla y sus epígonos. Era como un Vicente López pasado por las enseñanzas del impresionismo sorollista, y por eso infinitamente más dúctil y menos envarado que el pintor fernandino.

Benedito pasó de la cortesanía a la cortesía, por un camino del que habían sido deliberadamente eliminadas todas las estridencias. Pintor cortesano por excelencia fue Van Dyck, pintor de cámara, pintor de las elegancias palatinas, de las dulces telas suntuosas y de un orbe armonioso ungido por la elegancia y la belleza. Pero al filo de la Revolución Francesa, se produce una fisura en ese mundo que pierde en autenticidad vital toda la que ganan la burguesía y el pueblo. Mengs fue todavía un pintor



«Carzo»

cortesano, pero cuando Goya toma en sus manos los pinceles palatinos, la mutación ha acaecido ya: el tiempo de Beethoven ha sucedido al de Mozart. En la mente creadora de Goya pugnan con violencia el popularismo y las cortesanas. Vicente López, años después, será una regresión, pareja a la que encarna Ingres en Francia. Es la aplicación de las fórmulas cortesanas a la pintura burguesa y la aplicación, asimismo, de fórmulas burguesas a la pintura cortesana.

En un ámbito social que visiblemente está perdiendo su dinámica, lo que importa es no desentonar; no intranquilizar, que bastantes intranquilidades rondan ya. Goya fue un gran intranquilizante. Sería excesivo suponer que cada pintor, y sobre todo si es retratista, cultiva la tranquilidad o la inquietud a su antojo. Cada cual es lo que es, y sólo los mediocres aspiran a ser lo que no son, mediante enmascaramientos o mimetismos. Y en su fracaso está su mediocridad.

Ahora bien, cuando un sector social inquieto o díscolo se excita con productos artísticos de una inquietud inauténtica, falsificada y burda, como cuando una clase bien aposentada en el mundo elige tranquilizantes prefabricados, engañosos y endebles para ahogar cualquier brote de mala conciencia, hay algo que está en crisis. No me atrevo a decir que eso ocurra ahora mismo, aunque...

Benedito, por virtud de su temperamento, tronchaba con la tradición más noble de la pintura cortesana, trocada en cortés por imperativo de su tiempo. Pero no sería lícito reducir en su caso a condición humana lo que es, además, convicción estética. La lisonja de retratista a retratado que se pueda apreciar en determinadas parcelas de su arte, nunca traspuso las fronteras envilecedoras de la torpe adulación. Lo que sucedía es que, aun sin ser un esteta decadente, cerró siempre sus ojos a la fealdad. Lo que sucedía es que estaba dotado de la envidiable aptitud de ennoblecer los temas que trataba. La belleza que llevaba a sus telas, estaba más que en el mundo en torno, en los ojos con que lo contemplaba y en un optimismo radical y sereno que manaba de su espíritu todo equilibrio.

Considero que éste puede ser un buen tema de meditación para los que nos ha tocado vivir en esta ribera del tiempo tan contaminada de "feismos" y arbitrariedades que hacen de la pintura de Benedito algo insólito y como llegado de otro mundo muy distante en el tiempo o en el espacio. Pero detrás de ella hay una sinceridad enteriza, aunque lo duden quienes creen que sólo hay sinceridad en la arbitrariedad dislocada, en la tosquedad balbuciente o en el exabrupto desabrído. Ni la cortesía es en ella una afectación, ni el optimismo es una simpleza, ni la belleza es una ficción. Porque hay, también y ante todo, realidad.

Realismo e idealismo se conjugaban, templados mutuamente, en su bien provista paleta; y si el idealismo nunca le impidió ser veraz, el realismo no



Federico García Sanchiz

le permitió entregarse a los excesos de un subjetivismo desaforado. Benedito, y ésa es su gran lección para los retratistas de todo tiempo, no "añade" belleza, lo que implicaría una falsificación condenada al fracaso. Benedito "extrae" la belleza que reposa más o menos secreta en el fondo de todos los modelos y los temas, incluso los menos bellos. Su fórmula no es la prodigada con tanta genialidad en el tradicional realismo español, consistente en transfigurar la fealdad; es la de hacer resplandecer la hermosura allí donde la hermosura se alberga.

Si alguna vez parece profesar la convicción desmedidamente optimista de habitar en el mejor de los mundos imaginables, no es justo que ello le sea reprochado por los que inciden en el extremoso pesimismo, diametralmente opuesto, de sentirse en el peor de los mundos posibles. No es bueno reprochar desde la torpeza, la destreza; desde el balbuceo, el oficio; desde el garabato, el diseño; desde el desaseo, la pulcritud; desde la arbitrariedad, la norma; desde el chafarrinón, la pincelada limpia; desde la ficción deshumanizada, el verismo humano; desde la fealdad deliberada e irredenta, la belleza sentida o presentida.

Sólo un arte de tan extenso registro, de tan acendradas sabidurías y de tan noble concepto como el que poseyó don Manuel Benedito, pudo triunfar de los enormes riesgos y de las abrumadoras limitaciones que su empresa comportaba. Pues su pintura había de ser toda contención, como toda contención es la verdadera elegancia. Y si así Benedito nos da

la impresión de ser un gran pintor, ¡qué gran pintor hubo de ser!

Era el artista de lo concreto, él, hermético a todas las abstracciones. Llevaba la individualización de sus personajes pictóricos, de sus retratados, hasta las últimas consecuencias. Evidentemente, al modo unamunesco, no sentía interés por la Humanidad, sino por cada hombre de carne y hueso, con su espíritu y su carácter, con sus rasgos inconfundibles y sus apellidos inalienables. Sentía la vida no

como una generalización para ideólogos, sino como una chispa en las pupilas de una mujer, como una vibración del gesto o como ese tibio palpitar que se adivina en el cutis de una criatura. Así sentía la vida y porque la amó largamente, ella se le ofreció dilatada y fecunda.

Pues el secreto de muchas estériles aberraciones artísticas y mentales acaso quepa en una sola palabra: desamor.

JOSÉ OMBUENA